



**Una
TRIBUNA
EN EL
MILAN**



**E. PHILLIPS
OPPENHEIM**

En torno a la parrilla del Milán, uno de los puntos de reunión más famosos y concurridos de Londres, Louis, el famoso *maître* lleva a cabo una de sus mejores y más intrigantes aventuras policíacas ayudando a unos, entorpeciendo a otros, y siempre triunfando desde su puesto privilegiado de observador y confidente.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Una tribuna en el Milán](#)

[Portadilla](#)

[Preliminar](#)

[Relato primero](#)

[EL ALCALDE DE BALLYDAGHAM](#)

[Relato II](#)

[LA TRAGEDIA RONDA A SIR GERALDO DAYN-
TON](#)

[Relato III](#)

[UNA CASA RÚSTICA EN ELSTREE](#)

[Relato IV](#)

[EL TERCER DISPARO](#)

[Relato V](#)

[LA HORA DE AJUSTAR CUENTAS](#)

[Relato VI](#)

[UN ASESINATO EN EL MILÁN](#)

[Relato VII](#)

[JULIA AYUDA A LA POLICÍA](#)

[Relato VIII](#)

[TRES FORASTEROS](#)

[Relato IX](#)

[JUEGO SUCIO](#)

[Relato X](#)

[MENSAJE FLORAL](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

Preliminar

Escena de un café francés de un cartel de viaje.

Eran tantas y tan curiosas las aventuras que a Luis le habían acaecido a causa de su empleo, que él mismo me pidió que explicara las circunstancias que le obligaron a figurar en primer plano en situaciones verdaderamente excepcionales.

En 1914, después de siete años de servicio en «La Parrilla», el único *Grill Room* que al parecer figuraba en las tradiciones londinenses, abandonó su lucrativo cargo y partió para Francia. Y en 1919 volvió de la guerra con dos muletas y varias medallas. En seguida se presentó en el «Milán».

—Vengo a ver lo que quieren de mí —dijo a *sir* Eduardo Rastall, el principal de los directores—. Pero le aseguro que será muy poco lo que pueda hacer por ustedes como *maître d'hôtel* llevando muletas; apenas si podría rendir una hora de trabajo a la semana.

Sir Eduardo le tomó del brazo y le condujo a través del patio a la entrada del *Grill Room*. El local estaba vacío, cosa natural a dicha hora, las cinco de la tarde. Luis se sintió deprimido al contemplar aquella parte del hotel, sin nadie en torno de las mesas cubiertas con manteles de una blanca fascinante y luciendo una rutilante cristalería. Cada uno de aquellos reservados, desde los que se podía figonear sin ser visto, y aquellas deslumbradoras mesas alineadas al paso de cuantos frecuentaban el establecimiento y

preferidas por las damas más elegantes y hermosas, le recordaban sus peculiares habilidades. De haber estado solo, hubiera llorado seguramente.

—¿Sabe, Luis, por qué le considerábamos digno de las dos mil libras anuales que percibía antes de la guerra? —le preguntó el director.

—Supongo que porque les satisfacía mi trabajo —respondió el antiguo *maître d'hôtel*.

—Desde luego; pero en lo que respecta al trabajo, había centenares de camareros capaces de hacerlo. Lo que le enaltecía a usted era su instintiva habilidad para distribuir a los parroquianos. Ya ve usted cuántas mesas hay aquí. Pues bien, se requieren dotes de diplomático para colocar a los muchos clientes que vienen sin lastimar el amor propio de nadie y atribuir los lugares preferentes entre los más merecedores. Y esto lo hacía usted a la perfección, Luis. Yo le observé muchas veces con el plano del local en la mano, con la mirada escrutadora y la sonrisa amable, haciendo frente a las exigencias de la clientela. Y me complace decirle que jamás cometió usted una equivocación. Y otra cosa, Luis. Usted supo servir a su patria desde antes de que se declarara la guerra y sonara el primer tiro en los campos de batalla.

—¡Cuánto han cambiado las cosas! —exclamó Luis.

—¡Y lo que cambiarán aún! —refrendó *sir* Eduardo con grave entonación, haciendo ademán de señalarle todos los puntos del salón—. Allá es donde teníamos el mostradorcito de aquel ridículo bar que usted recordará. Pues ya ve lo que hay: una cristalera que protege aquella tribunita.

—Desde que entré aquí me estaba preguntando qué sería eso, *sir* Eduardo.

—Pues una tribuna, como ve, y para usted.

—¿Para mí? ¿Y qué he de hacer ahí dentro?

—Continuar ganando dos mil libras al año —afirmó el gerente del Milán sin vacilación—. Su quehacer será examinar las peticiones que se reciban por correo o teléfono y

distribuir las mesas con arreglo al plano. Nadie como usted conoce las debilidades de la clientela. Usted estudiará las peticiones y resolverá según los merecimientos y títulos de los que sean dignos de preferencia. O sea, que usted, sin moverse del sillón, dirigirá los servicios del comedor. Estoy seguro de que sabrá complacer a cuantos nos interesa tener contentos. Más tarde le daré nuevos detalles. Y el lunes comenzará su tarea.

Sir Eduardo se retiró precipitadamente para evitar lo que más le enojaba... que le dieran las gracias.

Y el lunes siguiente Luis se posesionó de su poltrona, que había de llegar a ser histórica.

Relato primero

EL ALCALDE DE BALLYDAGHAM

Yo, Carlos Lyson, ex oficial del ejército y en la actualidad periodista independiente y dedicado a otros menesteres más importantes, era uno de los parroquianos más asiduos de la famosa Parrilla del Hotel Milán, y desde hacía pocos días habíame acostumbrado a ver a Luis en su nuevo puesto cuando cada mañana recibía el saludo del portero. Esta mañana, sin embargo, observé al llegar que Luis daba muestras de agitación.

Lo primero que hizo desde el interior de su despacho encristalado, fue llamarme con un gesto de la mano.

–Capitán Lyson, ¿a que no adivina quiénes están comiendo hoy aquí? –me preguntó con su peculiar tono de voz, tan claro y perceptible.

–Me figuro que los clientes habituales –repuse–. Y también, por los indicios, habrán venido los cineastas americanos que llegaron a primera hora en el tren que enlaza con el barco de Southampton.

Luis se sonrió. Siempre me había chocado que un hombre de tez pálida y de facciones chupadas, tuviera tal poder de expresión en su rostro. Pese a la sonrisa que me dirigió, adiviné que algo amenazador flotaba en el aire.

–Hágame el favor, si no le sirve de molestia –me rogó –, de dar una vuelta por el comedor, y vuelva después. Fíjese, sobre todo, en la mesa del ángulo de la izquierda, al fondo.

Estas palabras me intrigaron, y sin vacilar, pues Luis me inspiraba absoluta confianza, accedí a su sugerencia. A mi regreso me dirigí al despacho acristalado. Luis comprendió al punto que mi vuelta por el comedor no había sido infructuosa.

–Si usted viniera a verme a mi cuarto esta tarde a las cinco, me causaría un gran placer –me dijo.

–Continúa siendo el mismo lobo de siempre –expresé, asintiendo con un gesto a la invitación.

–Cuando entró andaba yo preocupado con mis obligaciones –explicóme Luis– pero yo debí oler a pólvora, pues instintivamente levanté la cabeza, y sólo entonces pude darme cuenta de quién era.

–También está *madame*.

–Y toda la camarilla –objetó Luis, como si hablara para sí–. Le espero esta tarde a las cinco.

Seguidamente me marché. Ahora comprendía muy bien el ceño adusto de Luis y las muestras de inquietud que daba cuando yo llegué.

La dirección del Hotel y Restaurante Milán le debía mucho a Luis, el Ángel de la Guarda de La Parrilla, y no andaba reacia en demostrarle con pruebas su gran aprecio. Además de su espléndido salario y de los considerables *beneficios* que le reportaba su empleo de jefe de comedor encargado de distribuir las mesas de un establecimiento tan acreditado, era también jefe de compras de vinos y especialidades que ofrecían las casas proveedoras... Luis ocupaba el cuarto más pequeño de la planta baja, y apenas distaba una docena de yardas de su privilegiado puesto de trabajo.

Iban a dar las cinco cuando me presenté en su habitación, donde tuve la satisfacción de ser recibido por la única hija de Luis, la señorita Julia Duchesne, que acababa de regresar de una *matinée* y saboreaba un vermut mientras fumaba un cigarrillo.

—No vuelva a decirme que martes y 13 es un día nefasto —exclamé yo al verla, quitándome los guantes y disponiéndome a sentarme a su lado.

—*Monsieur* Carlos —me dijo ella con un gesto que traslucía su mal humor—, no es éste momento para frivolidades. Mi padre le espera impaciente, y no seré yo quien le detenga.

Inmediatamente pasé a la habitación contigua, y Luis, que se hallaba escribiendo, me indicó una silla junto a la mesa.

—Capitán Lyson —me dijo—, usted mismo vio este mediodía al viejo lobo. Ya lo tenemos aquí.

—Con gran asombro mío —asentí.

—¡Es inexplicable! —concedió Luis—. Ese hombre se pasa meses y meses oculto a la vista de todos, como un lagarto al sol, respirando penosamente cual un moribundo, blanco como un fantasma, y con la mirada apagada, y, de pronto, vuelve a la vida, aparece en cualquier parte del mundo, al husmeo de algo terrible apenas presentido. El crujido del papel de un tratado roto por las manos de un ministro colérico; la exclamación de un sabio que acaba de resolver su nuevo invento en la paz de su laboratorio; el alarido de un gobernante que amenaza con la guerra; el estampido de un cañón que barre a un grupo de soldados en la planicie ensangrentada, son cosas que le sacan de su modorra; y entonces levanta su fatigada cabeza, y... huele, olfatea la presa. La guerra estalla, en efecto; y mientras miles de jóvenes van a llenar los cementerios, sus barcos surcan este o aquel mar, salen o entran en cualquier puerto, abarrotados, vueltos a la actividad febril y provechosa. Sus agentes se afanan en todas las grandes capitales, circulan sus cheques por los bancos y empieza a rodar la bola de nieve, que aumenta, adquiere volumen y empuja hacia delante unos miles de losas funerarias envueltas en la danza de millones que enriquecen más y más a ese viejo insaciable.

Me quedé atónito al oír este desbordamiento de elocuencia de Luis. En los quince años que le conocía, nunca le había oído hablar tan amargamente. Aparentemente debió lamentar su exaltación, porque acabó encogiendo los hombros y encendiendo un cigarrillo como para serenarse.

–No quiero hacerle perder más tiempo –se excusó–. Perdome mi desahogo. El lobo soñoliento ha vuelto a la vida, y no cabe duda que esto le costará caro a la humanidad. ¡Dios haga que sea ésta la última vez que amontone carroña para los buitres! Y ahora... haga el favor de ver esto.

Me entregó el plano del comedor, que yo examiné.

–Ese Chevalier –continuó Luis– pide una mesa para esta noche. Los comensales serán tres, y uno de ellos, por lo que he sacado en limpio de la carta de petición, es persona muy importante. Ahora bien, exige que las dos mesas contiguas, a uno y otro lado, se le reserven también. He accedido a la primera parte de la petición; pero no a la segunda, alegando que la mesa núm. 6, inmediata a la suya, que es la núm. 7, está comprometida para uno de nuestros clientes preferidos.

–¿Y puedo saber quién es ese cliente preferido?

–Usted –me contestó al punto.

–¿Y he de venir acompañado?

–Con la joven más distinguida y atractiva que conozca. Si tiene la amabilidad de escucharme, le diré lo que ha de hacer. Usted se negará a renunciar a su mesa por cuestión de honrilla. Si accede a este favor que le pido, todo irá bien. Julio será el camarero que le servirá a usted con especial solicitud, y Antonio, el *maître d'hôtel*, mariposeará constantemente en torno suyo, fingiendo atenderle; pero uno y otro no buscarán más que captar retazos de lo que se hable en la mesa vecina... Y la información que yo recoja... la transmitiré a Whitehall^[1].

He de confesar que el lío en que me metía Luis no era ningún incentivo para mi inspiración. Por otra parte, no creía que unas cuantas palabras sueltas captadas por los camareros, pudiesen servir de indicio para algo serio. Mi actitud pensativa hizo sonreír a Luis.

—Ya sé que no debo esperar lo imposible —confesó— pero la molestia que le pido, tan insignificante en apariencia, puede servirles de mucho a los que usted y yo tenemos el deber de servir y que necesitan conocer todos los movimientos de Chevalier. Lo único que yo le pido a usted es que, si puede, retenga de la conversación de sus vecinos dos cosas esenciales: los nombres de los barcos y los de los puertos. Sabemos positivamente que Chevalier tiene tres barcos cargados de cañones y municiones que ha pagado al contado, y que viene aquí para disponer el destino de los mismos. El éxito de nuestro trabajo, capitán Lyson, depende del interés que ponga usted en su tarea.

—Los propósitos de Chevalier —insinué yo, tomando un cigarrillo de la tabaquera de Luis— están supeditados a la situación actual de esos tres barcos, porque, de estallar inopinadamente una guerra, no podrían navegar libremente ni ganar los puertos que interesen a ese viejo sin conciencia.

—Chevalier domina el juego que lleva entre manos —objetó Luis—. Sabe perfectamente qué puertos son accesibles para el contrabando de armas y cuáles no. No pierda de vista que sus dádivas llegan preferentemente a ciertas comandancias de Marina.

—Además, quiero indicarle otra cosa —dije.

—¿Sobre qué?

—Sobre la voz de Chevalier. Habla siempre en tono bajo y apagado, y ha de estar muy cerca de él para percibir lo que susurra. Así es, que no espere mucho de mí en lo que respecta a la conversación que sostengan mis vecinos.

Luis era un optimista incurable, y pasó por alto mi advertencia.

–Pero usted podrá captar algo más que palabras –insistió Luis, revolviéndose en su sillón–. Con Chevalier cenarán la condesa de Roussillon, sobrina suya, y un extranjero, a quien supongo comprador de los cargamentos. Por los ademanes de los reunidos comprenderá usted si Chevalier está satisfecho o contrariado por la marcha de los tratos. Fíjese mucho en la condesa. Si el extranjero pertenece a la nación que me figuro, es muy posible que no disimule sus sentimientos. El nombre de un barco, o de un puerto, o de la marca de los cañones, pueden ser datos que permitirán abrir camino para posteriores investigaciones. Con unos cuantos peones en el tablero, podremos llegar a la gran jugada final.

–Es usted un genio, Luis. ¿Y a qué hora será la cena?

–A las ocho.

Luis creía que ya estaba dicho todo porque se dispuso a levantarse con ayuda de sus bastones; pero a un gesto mío, continuó sentado.

–Un momento –dije–. Le confieso que para esta misión yo no tengo confianza en las jóvenes que conozco, y quisiera...

–No se preocupe –me atajó–. Lo tengo pensado. Vaya a ver a Julia y seguramente accederá a cenar aquí. Afortunadamente, usted es de los pocos hombres que pueden inspirarle plena seguridad. Es joven y hermosa, tiene buen oído y una clarísima idea de lo que pretendo.

–El asunto empieza a tener atractivo para mí –convine yo.

Promediaba la cena cuando mi apetito y buen ánimo se extinguieron a la par. La causa fue cierto síntoma que me infundió inquietud. Cuando me calmé un tanto, le dije a mi compañera de mesa:

—Julia, empiezo a alarmarme.

—Y yo también —respondió ella.

—Sospechan de nosotros. La condesa no cesa de mirarnos, y el viejo ha dejado de hablar para examinarnos.

Yo tomé la carta de los vinos y me entretuve con nuestro solícito *sommelier* disertando sobre la bondad de un Doctor Berncastler y la superioridad de un viejo y oloroso Piesporter. Mientras me hablaba el camarero, yo figoneaba a los vecinos con el rabillo del ojo, y pude notar que mi fingimiento no les pasaba inadvertido a los ocupantes de la mesa inmediata. Aquel hombrón quebrado de color y de negro bigote, sin duda el extranjero, daba señales de inquietud con la vista fija en mí. No cabía duda de que los comensales tenían la mosca en la oreja. A partir de este momento cruzaban sus palabras tapándose la boca con la mano o la servilleta para no ser oídos, y lo más chocante es que de vez en cuando elevaban la voz de un modo extemporáneo para soltar cualquier simpleza que ni venía a cuento.

Convencido de mi inevitable fracaso prescindí de la lista de vinos y encargué una botella de Piesporter, aunque no me importaba para nada ésta ni otra marca. Ciertamente, no podría complacer a Luis esta noche. Lo más que pude pescar, aguzando mucho el oído, fue los nombres de dos puertecitos, Avonmouth y Poole; pero una niebla impenetrable ocultó el resto de lo que dijeron. Era inútil esperar otras revelaciones que no podían llegar a nuestros oídos. Le proponía a mi compañera poner rápido fin a la cena, cuando, inesperadamente, sobrevino una mutación que sacudió de modo violento la atmósfera de hastío que nos iba envolviendo.

Ante la mesa vecina se detuvo un hombre que revelaba en su mirada genuina sorpresa.

—¡Cuánto me alegro de verle! —exclamó, dirigiéndose a Chevalier—. ¡Lástima que su sobrina no se preocupe de

poner un poco de color en su rostro cetrino! ¡El sol de un país cálido como el suyo hace palidecer a las personas!

Cuantos cenaban en las mesas próximas se volvieron al oír tan ruidosas exclamaciones, por lo que nosotros ya no tuvimos que disimular para fijarnos en nuestros vecinos. Era evidente el acento irlandés del recién llegado; y por el temblor de su vozarrón deduje que el hombre había bebido más de la cuenta. Hubo muchos en la sala, aparte de nosotros, que observaron la furiosa mirada que brillaba en los ojos de Chevalier.

—Usted no nos hizo la visita que nos prometió —continuó gritando el irlandés, encarándose con la condesa—. Estuvimos esperándoles, y les teníamos preparada una grata sorpresa; pero ni usted ni este caballero han dado señales de vida. Se han portado muy mal.

Chevalier habíase retirado hacia la pared y la cólera pintada en su rostro hubiera bastado para imponer silencio y respeto a cualquier otro que no estuviese borracho. La condesa, haciéndose cargo de la situación, agarró de un brazo al visitante y le hizo volver hacia ella, lo que nos permitió ver su cara. Aquel individuo tenía un aspecto original por demás. Debía medir seis pies y tres pulgadas, y sus anchas espaldas se acompasaban con su estatura. Sus mejillas sonrosadas contrastaban con el azul de sus ojos, inflamados por el exceso de alcohol. El sudor cubríale la frente. Llevaba un terno gris de corte vulgar deformado por una noche de tren. Su cabello rojo y crespo era de los que se resisten a las tijeras del peluquero.

Lo que parecía asombrarle más era la frialdad del recibimiento que se le dispensaba.

—¿Pero qué le pasa? ¿Es que no puedo hablar con este anciano caballero? —le preguntó a la condesa, desasiéndose de un tirón—. Pues no anduvo corto de lengua cuando nos vimos en París ni cuando me llevó en una motora por aquel puerto. Pues sepa, señora, que este caballero y yo tenemos planeada una importantísima operación... un